

NECROLOGÍA

JOSÉ FRADEJAS LEBRERO (1924-2010)

CARLOS ALVAR (Université de Genève)

ÁNGEL GÓMEZ MORENO (Universidad Complutense de Madrid)

JOAQUÍN GONZÁLEZ CUENCA (Universidad de Castilla-La Mancha)

NICASIO SALVADOR MIGUEL (Universidad Complutense de Madrid)

Nos había dado varios sustos; de hecho, en los últimos años había visitado la unidad de cuidados intensivos en más de una ocasión. Sabíamos que, cada cierto tiempo y de modo poco menos que inevitable, le tocaba pasar por el hospital; no obstante, hasta ese fatídico 16 de diciembre, siempre había logrado recuperarse. Prueba de ello es que nunca le faltaban el humor y las fuerzas necesarias para bajar andando desde la Biblioteca Nacional, de la que era el primero de todos los usuarios (de ello puede dar fe el personal de esa institución), hasta su casa, situada cerca de la plaza de Mariano de Cavia. Unas veces tiraba por el Paseo del Prado; otras, las más, atravesaba el Parque del Retiro.

Esta fue su rutina desde su jubilación como catedrático de Literatura Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, en 1989, hasta pocos días antes de su muerte, que le sobrevino sorpresivamente y en casa, al igual que en esas *artes bene moriendi* que tan bien conocía. Tal costumbre sólo se veía interrumpida por las reuniones esporádicas de los comités y consejos científicos de que formaba parte, como el de la *Revista de Filología Española* o el Instituto de Estudios Madrileños. En tales ocasiones, los demás podíamos fallar; él, en ningún caso se lo habría permitido, por lo que jamás faltó a una cita.

Su curiosidad intelectual, que le hacía leer de todo y a todas horas, y una memoria portentosa explican de algún modo la magnitud de su legado; con su marcha, de hecho, desaparece la más potente base de datos de carne y hueso con que haya contado nuestra especialidad, ya que Fradejas tenía en mente a Aarne y Thompson, a Plinio, a Aristóteles, a santo Tomás, a los autores de misceláneas y polianteas... Se le podía someter a prueba y nunca fallaba, pues su retentiva no se caracterizaba por su volatilidad; por el contrario, todo lo que entraba en la celda de su memoria (término y concepto propios de los tratados de

Medicina y Filosofía Natural del Medievo que han recuperado su vigencia gracias a la cibernética) permanecía en ella para siempre.

Generoso por principio (pues, en su particular arte de marear en el piélago de la vida, encajó pronto el consejo inicial del *Libro de Alexandre*: «deve de lo que sabe omne largo seer»), bastaba pedir su auxilio en pos de un dato preciso, si es que no de una de esas fichas que permitirían apuntalar una nota desesperante, y acto seguido, sin mirar un solo papel, te soltaba media docena, si es que no docena y media de referencias certeras. Y todo lo hacía desde el desinterés más absoluto, sin esperar nada a cambio, ya se tratase de un amigo, de un conocido o de alguien que se le acercaba por vez primera.

Su semblante, adusto sólo en una primera impresión, apenas si escondía una bonhomía y una cordialidad extremas; sin embargo, quienes no lo conocían tragaban saliva al dirigirse a alguien como él, por su estampa de catedrático de los de antes, fogueados en las más duras circunstancias. En su caso, el blindaje le venía de las clases de José Enríquez, en su Zamora natal; de la Universidad Central, en los duros años cuarenta, cuando compartía pensión y fatigas con su paisano Agustín García Calvo; del largo tiempo en que ejerció como catedrático de Enseñanza Media en Ceuta, cuando se destapó como uno de los investigadores más activos de nuestra especialidad (y es que nada menos que catorce libros suyos vieron la luz, durante ese tiempo, entre Tetuán y Ceuta); en sus sucesivos destinos en Talavera de la Reina y Madrid; y luego, tras oposiciones y más oposiciones, como profesor agregado de universidad y finalmente como catedrático, en Madrid, Sevilla, Valladolid y la UNED.

Del gesto serio, sólo momentáneo, a la sonrisa permanente; del arranque bronco, que de inmediato perdía fuelle, a su característico tono cariñoso y paternal: así era José Fradejas y así lo llevamos en la memoria. De ello podemos dar fe porque de ello hemos sido testigos en un sinnúmero de ocasiones; es más, al referirnos a su persona y a su itinerario vital y profesional, los cuatro firmantes de este obituario recordamos algunos episodios de nuestras propias vidas, marcadas por tan admirado maestro, por amigo tan querido.

Dejadas a un lado esas vivencias, absolutamente personales, haremos un rápido repaso de su legado, en el que destaca su gigantesca contribución con respecto a las diversas manifestaciones de la narrativa breve: el *exemplum* medieval y el cuento áureo, la *novella* y la *nouvelle*, la facecia, la *vita*, el *miraculum*, el *fabliau*, el *lai* y todas las formas de lo que, comprensiva y certeramente, los colegas italianos bautizan con una etiqueta muy suya, *racconto* (así de lacónico, y de preciso, es el título de la guía de il Mulino preparada por el recientemente desaparecido Michelangelo Picone, *Il racconto*, Bolonia, 1983).

Libre de los prejuicios que, por demasiado tiempo, han lastrado los estudios de filólogos, antropólogos o folcloristas, Fradejas tuvo la feliz idea de ocuparse también de esa literatura quintaesenciada que no sólo adopta la forma de proverbios o apotegmas, de refranes y paremias, sino de puros chistes. Con arreglo

a los postulados teóricos de Margit Frenk («Refranes cantados y cantares proverbializados», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 15 [1961], págs. 155-168), llevados a la práctica al recoger todo el material de esa índole (en los dos gruesos volúmenes de su *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica [siglos XV a XVII]*, México, UNAM-El Colegio de México-FCE, 2003), su encuentro con la lírica tradicional era inevitable; es más, dado que los intereses de Fradejas no se limitaban a lo popular, tradicional o folclórico, ningún poema quedaba fuera de su alcance, por escasa que fuese su carga narrativa.

Así se entiende su pericia en poesía cancioneril, comparable a la de los máximos expertos en la materia; por lo que atañe a los cancioneros áureos, hay que decir que no sólo conocía, y en profundidad, todas las ediciones modernas, habidas y por haber: por sus manos habían pasado ediciones de época y manuscritos sin cuento. En pos de la anécdota entreverada en la narración extensa, había leído íntegramente las crónicas, los *flores sanctorum*, novelas de toda época y procedencia (como, colmo de los colmos, apuntaremos su competencia probada en novela coreana del siglo XIX, en la que era todo un especialista), junto a textos de la más diversa condición. Insaciable en sus ansias de saber, al igual que el Alejandro medieval o como el mítico Pedro Coméstor, todo lo demás quedaba a cargo de su formidable memoria (y apelamos de nuevo a un sabroso pasaje del *Libro de Alexandre*: «Nada non olvidava de cuanto que oíé»).

Para alguien con su capacidad de trabajo, escribir ha supuesto una especie de válvula de escape, una necesidad acuciante y un verdadero placer. Sólo así se comprenden la magnitud de su obra y el hecho de que permaneciese activo hasta el último día de su vida. Al escoger sus temas de investigación, unas veces buscaba satisfacer su curiosidad sin límites, que de paso pretendía activar o satisfacer en otros especialistas; ocasiones había, no obstante, en las que pensaba en un público distinto por completo: en el estudiante de Enseñanza Secundaria, en el aprendiz de filólogo o, en un sentido amplio y comprehensivo, en el lector curioso.

Inobjetablemente era un gran medievalista, pero tantas veces y con tanto éxito se ocupó de la ficción narrativa del Renacimiento, de la escena del Barroco, de la poesía del Romanticismo y la novela del Realismo que, con toda justicia, se le puede y debe encasillar entre los expertos en otras épocas y corrientes artísticas. En realidad, Fradejas era un generalista formidable, tan capacitado a la hora de detectar problemas y carencias como eficaz al proponer maneras de solucionar los primeros y colmar las segundas. De ese modo, no extraña que, en la inagotable relación de títulos de su bibliografía, haya unos en que atiende a la literatura de orígenes (con obras como el *Sendeban* o el *Auto de los Reyes Magos*), mientras en otros llega a ocuparse incluso de escritores que aún se hallan activos (caso éste de uno de sus amigos más queridos, el poeta tala-verano Joaquín Benito de Lucas).

Lo sabía todo sobre Ceuta y Madrid, por lo que sus estudios locales sobre ambas ciudades están repletos de noticias curiosas y de datos que van más allá de la simple anécdota (basta hojear su deliciosa *Geografía literaria de la provincia de Madrid*, Madrid, CSIC, 1958, para reparar en ello). Máxima autoridad en literatura cinegética, particularmente la relativa a la caza con aves o cetería, en los años ochenta pasó el relevo a su hijo, José Manuel Fradejas Rueda, que pronto se convirtió en el máximo experto en la materia dentro y fuera de España.

Para él, se reservó una veta ciertamente inagotable: la narrativa breve, a la que aportó un sinfín de fichas y noticias de la mayor importancia, por medio de estudios y, sobre todo, a través de varias ediciones. Entre estas últimas destacan, por lo abultado de ambas labores y por la riqueza de los datos que en ellas aporta, los dos tomos de la *Novela corta del siglo XVI*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985, y la compilación que, con una chispita de sal que rara vez se permitía a la hora de escribir, tituló *Más de mil y un cuentos del Siglo de Oro*, Pamplona-Madrid-Francfort, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2008.

A pesar de que la materia de que se ocupaba era idónea para dar rienda suelta a su innegable gracejo (pues de viva voz no tenía nada que envidiar a Poggio Bracciolini, a cuyas facecias, no por casualidad, atendió en varios de sus trabajos), su decoro retraía su pluma. Había libertades que él, el más ocurente de todos los especialistas de nuestra área de conocimiento, no se permitía; por ello, de algún modo se dio ese pequeño gusto al publicar su último libro, una edición de la poesía de su paisano, Alonso de Toro el Cojo (Burgos, Fundación Instituto Castellano-Leonés de la Lengua, 2008). No somos los únicos en reconocer que hemos gozado con los ingeniosos versos en que Alonso de Toro hace un repaso pormenorizado de todas las regiones vitivinícolas españolas y de las (llamémoslas así) denominaciones de origen activas en los años del Emperador. Son las *Coplas sobre la abundancia del vino que Dios ha dado en el año MDXXXI y MDXXXII*.

Fradejas estaba encantado con ese librito. ¡Con qué alegría y con qué gracia nos recitaba los versos alusivos a su Zamora natal!:

En la ciudad de Çamora,
en la calle de Balborraz,
¡bendita Nuestra Señora,
que tabernas ay assaz!

Sirva esta estampa de broche a nuestro común recuerdo.